

El entusiasmo y el aburrimiento

Por ENRIQUE GUARNER

El 25 de octubre de 1926 el cronista Rafael Solana «Verdugillo», sufrió una reacción de entusiasmo al ver torear a «Chicuelo», y reproduciré aquí la parte central de su crónica publicada en «El Universal Taurino».

«No hubo en el maravilloso muleteo un solo detalle de chabacanería, ni un desplante relumbrón, ni siquiera un tocamiento de testuz, ni tampoco vueltecitas de espalda y sonrisas al público. No, lo que hubo fue mucho arte, mucho valor y mucha esencia torera. Lo que hubo fueron 25 pases naturales. Todos ellos clásicamente engendrados y rematados, provocando con la pierna contraria dejando llegar la cabeza del toro hasta casi tocar al lidiador y en ese momento, ¿me entienden señores?, en ese momento desviar la cabeza mientras el resto del cuerpo del toro seguía su viaje natural y pasaba rozando los alamares de la chaquetilla. Y para que decir más; imagínese el lector la faena más meritoria, la más completa, la más valiente en lo que respecta a la distancia entre el cuerpo del diestro y los pitones de la res y se quedará corto. Yo juro que en los veinte años que tengo de ver toros, jamás me había entusiasmado como ahora. La frialdad con la que ordinariamente contemplo la labor de los toreros se convirtió en una fiebre terrible. Aplaudí, grité, arrojé mi bastón, mi sombrero, mis guantes, mi pipa y como loco exclamaba: ¡Ese es el número uno!».

Pasaré a continuación a reflexionar sobre aquello que denominamos entusiasmo, palabra que procede del griego y que significa estar inspirado por los dioses. Debo decir antes que nada que no se trata de una emoción simple, sino de un estado de ánimo arrebatado que recibe su inspiración a través de un estímulo al que se admira. Esta situación despierta un grado de idealización y la unión y posesión del objeto que lo ha cautivado a uno.

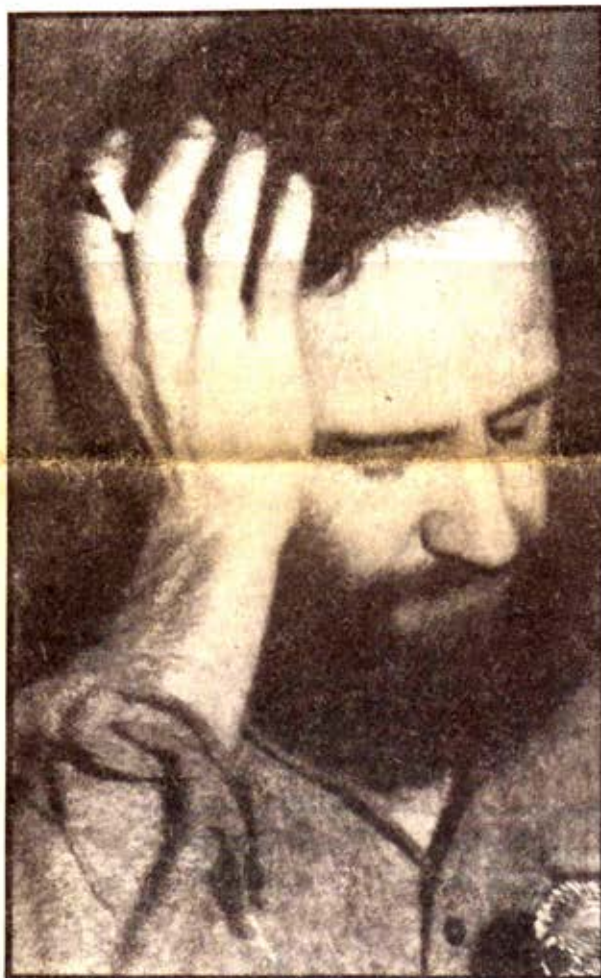
Por lo tanto, el entusiasmo es una forma de felicidad apasionada que provoca una euforia expansiva de carácter extravagante. Pronto surgen los superlativos y lo que vemos no es bueno, ni siquiera muy bueno, sino extraordinario y de hecho: ¡el mejor!

En el arrebatado se exagera, pero uno está dispuesto a ceder porque después de lo que hemos presenciado nada es comparable y con la incorporación del ideal no aceptamos contradicción alguna.

El entusiasmo se asemeja al amor, pero sucede sin elementos románticos o sexuales, porque puede ser provocado por un estímulo externo que inclusive frecuentemente resulta inanimado. Tengo que agregar que al igual que el acto amoroso, la situación de entusiasmo suele ocurrir en forma súbita y repentina.

Una persona que llega a arrebatarse con un objeto siempre es derrochadora y tiene la necesidad de compartir su pasión. Al contrario de lo que sucede con el melancólico, el entusiasta experimenta una imperiosa y urgente necesidad de que quienes le rodean se conviertan en cómplices y por ello transporta su fanatismo. Cuando encuentra incondicionales se siente seguro en el grupo, pero frecuentemente menosprecia a los que no tienen su manera de pensar.

A pesar del ruido que frecuentemente acompaña a las personas entusiasmadas puede decirse que algo es frágil dentro de ellos y que su arrebatamiento suele desinflarse como un balón, porque estos apasionamientos son temporales y transitorios. Esta situación sucede cuando el objeto sobrevaluado se fractura o fracasa frente a la vida y ya no hay pruebas para que arrebate porque perdió la divinidad que se le había asignado.



En el entusiasmo que podríamos denominar normal, existe poca exageración y cuando ésta se extrema la persona lo sabe. Los objetos que evocan el apasionamiento maduro se relacionan con ideales conscientes y se llenan con el triunfo porque éste se deriva del principio del placer. Podría decirse que se vive un sueño en la vida despierta. Tengo que agregar que el entusiasmo puede ser creativo y valioso, porque sirve a las funciones del yo. Un profesor apasionado y optimista con su cátedra es superior a aquel que actúa en forma mecánica. La persona que se entusiasma se inspira y adquiere energía a través de la fusión con el objeto que idealiza al que en el fondo se ama. Es por ello que se debe seleccionar el modelo y cuando éste demerezca buscar uno nuevo en el que depositar el entusiasmo.

El aburrimiento

En su libro «Londres», publicado en 1939, el humorista Julio Camba describía las formas de divertirse en un inglés y relataba:

— ¡Lo que me he divertido! ¡Lo que me he divertido anoche! —Me dice mister Fane. Yo ya les he contado en qué consisten las diversiones de mi amigo. Llega al bar, se instala en un taburete ante el mostrador, pide un whiskey y enciende su pipa. Luego va sucesivamente pidiendo whiskys y encendiendo la pipa hasta las doce y media de la noche. No habla con nadie. Parece que se muere de pena y al día siguiente me dice que se ha divertido muchísimo. Indudablemente que estos ingleses son unos hombres muy regocijados.

— ¿Usted no se divierte en el bar? Me pregunta y cuando le contesto que no, agrega:

— ¡Con lo alegres que son los españoles!—

¿Como explicarle a mister Fane que precisamente nos aburrirnos en Londres porque somos alegres? Poco a poco a fuerza de vivir entre ingleses he llegado a hacer un descubrimiento trascendental. Nosotros vemos a un inglés en medio de una juerga cuando todo el mundo hace ruido y dice tonterías, a la hora de alzar las piernas y rodar por el suelo y el inglés está como en el primer momento con una cara muy seria y una actitud digna. Nosotros pensamos que es un hombre muy aburrido, pero no es así, porque se está divirtiendo de una manera loca.

Los ingleses se divierten por dentro y los españoles por fuera. Un inglés se sienta al lado de la chimenea y permanece inmóvil y silencioso.



— ¡Qué tío más triste!— decía yo al principio, pero a lo mejor se me acercaba y me confesaba que al lado de la chimenea había pasado una tarde deliciosa. Así es que muchas veces bajo el salón de la casa, me encuentro a todo el mundo dormitando en las butacas y me digo:

— ¡Qué juerga se están corriendo estas gentes!—

Con esta narración tan ágil de humorismo el escritor gallego nos da un ejemplo de eso tan difícil de definir como es el aburrimiento. El sentimiento de sufrimiento por tedio se acompaña de los siguientes componentes: un estado de insatisfacción y falta de deseo para emprender cualquier acción; una ansiedad flotante o vehemencia inexplicable porque nunca se descubre el objeto que la ocasiona. Además existe siempre una actitud pasiva expectante y el aborrecimiento del mundo externo que es incapaz de proporcionarnos situaciones agradables.

Esta sensación que podríamos denominar de vacío se vuelve crónica en los neuróticos, quienes buscan todo tipo de obsesiones para lidiar con ella. A veces se opta por posiciones regresivas y el narcisismo da lugar a la idea de que no se estuvo allí o que uno se alejó aunque el espectáculo o la reunión social a la que se asista no haya sido en lo más mínimo la causante de la aburrición.

A pesar de que el tedio puede resultar normal en el ser humano su carácter para descartar patología, es que la sensación resulta transitoria y tenga una duración menor de unas horas.

El primer trabajo sobre el tema del aburrimiento fue escrito por Fenichel en 1934, cuando llegó a la conclusión de que su origen partía de la detención de los impulsos sexuales y agresivos, que al ser contenidos provocaban un alto estado de tensión interna. El autor describía dos tipos esenciales de tedio: uno en el que predomina la calma y otro en el que prevalece la inquietud. En 1937, Spitz describió la monotonía como el factor principal del aburrimiento. La persona que lo sufre carece de ideas origi-



nales y expone el ejemplo de un paciente obsesionado por el dinero.

Ralph Greenson en varios trabajos piensa que la ausencia de imaginación es un factor esencial en el desarrollo del tedio. Freud en 1915 fue el primero en describir la importancia de las fantasías conscientes o inconscientes porque nos sirven para descargar la energía acumulada en nuestra mente. Por lo tanto, ellas no sólo están ligadas a la motilidad, sino que permiten imágenes que llenan la vida. El sentimiento de vacío en el individuo que se aburre se debe a que la fantasía ha dejado de trabajar. Aunque esto también sucede en las depresiones, lo que allí ocurre es que se siente que el mundo interno y el externo se han vuelto totalmente indiferentes, por lo que uno lleno de culpa deberá ser castigado.

Numerosas personas que sufren de tedio tienen lagunas o huecos que trataban de llenar comiendo o bebiendo excesivamente. Sin embargo, su oralidad nunca se detiene, porque solamente saturan su vacío con objetos derivados.

Debo agregar por último que el aburrimiento es lo opuesto del entusiasmo y que cuando esta sensación se experimenta, no depende de los objetos externos, puesto que éstos serán siempre los mismos.